

ARTURO JARRÍN, EL LÍDER DE LA INSURGENCIA ECUATORIANA

Guillermo Reigosa Pérez
27 de septiembre de 2016

Fuentes:

- Libro *“Terrorismo y subversión en Ecuador. La verdad que no se ha dicho”*, de Milton Gustavo Andrade Dávila, Edgar Vaca Vinuesa y otros. Editorial Manuel Sarmiento. Quito, 2009.
- Libro *“Memoria de las Espadas: Alfaro Vive Carajo, los argumentos de la historia”*, de Antonio Rodríguez Jaramillo. Editorial Abya-Yala. Quito, 2014.
- Google books: en especial los libros *“Ecuador: 1960-1990. Insurgencia, democracia y dictadura”*, de Darío Villamizar Herrera, (Ed. El Conejo. Quito, 1994) y *“AVC por dentro”*, de Edgar Frías (Ed. Edgar A. Frías. 1999)
- Referencias y notas breves recogidas en la web

Ricardo Arturo Jarrín Jarrín nació en Quito el 10 de enero de 1957. Lo hizo en el seno de una familia de clase media. Tuvo cuatro hermanos: Miguel Ángel, Lilian Beatriz, Piedad Alexandra y Edwin. Su infancia transcurrió plácidamente entre su hogar, la escuela y los juegos por las calles de Quito Norte. El padre, Miguel Jarrín Meza, que apenas pudiera completar la primaria, era muy riguroso con sus hijos en materia de estudios, aunque su ausencia, ya que trabajaba como viajante, descargó la crianza de los niños sobre los hombros de la madre, Beatriz Jarrín Sánchez. En todo caso, ambos progenitores les inculcaron desde pequeños el valor del sacrificio y la importancia de una preparación académica adecuada.

El joven Jarrín, brillante estudiante, inició su formación educativa en la Escuela Alfonso de Vivero, en el barrio de Cotocallao. De allí al Colegio La Salle, que en aquel entonces estaba en las calles Francisco Caldas y Luis Vargas. Era un centro religioso, gestionado por la congregación de los Hermanos Cristianos. Allí conoció a un personaje clave en su vida: Hammet Vasconez Morales, compañero de estudios con el que establecerá, en palabras de Edgar Frías, futuro compañero de militancia de ambos, *“una relación de hermandad que perdurará toda su vida”*; con él compartirá las primeras inquietudes, la trayectoria política y también su trágico destino. Juntos se graduaron como bachilleres, en 1975, y juntos ingresaron en la UCE, la Universidad Central de Ecuador, Jarrín en Sociología y Vasconez en Medicina.

Ideológicamente, los inicios de Jarrín se encuadran dentro de la izquierda cristiana. Su activismo político se inició en las filas de la Democracia Cristiana (DC), donde militó entre finales de 1975 y comienzos de 1976: *“me afilié al partido de la Democracia Cristiana; todo giraba en torno a Osvaldo Hurtado, quien ya había aportado con varios textos para su estudio en donde se trataba de la revolución personal y del derecho al trabajo. Planificamos conjuntamente con Ramiro Rivera, máximo dirigente de las juventudes de la Democracia Cristiana, varios proyectos, entre ellos la redacción del semanario de las Juventudes Demócratas Cristianas intitulado ¡Carajo! Era una época de cambios, los partidos políticos tradicionales estaban por los suelos, la gente pedía cambios y nosotros trabajamos por la vuelta de la democracia”*. La Democracia Cristiana naciera a mediados de

los años 60 a partir de la confluencia de diversos núcleos progresistas de Quito, Guayaquil y Cuenca, procedentes en su mayoría del conservadurismo y de la derecha cristiana, encarnada en el MSC, Movimiento Social Cristiano. En aquellos años era un partido ideológicamente ubicable en el centroizquierda. Su líder era Osvaldo Hurtado Larrea.

El paso de Jarrín por la DC fue, no obstante, bastante corto. En su marcha influyó sin duda el colaboracionismo de algunos de los máximos dirigentes del partido con el Consejo Supremo de Gobierno, más conocido como el Triunvirato Militar, la Junta Militar que sustituyó al General Guillermo Rodríguez Lara en los últimos años de la dictadura militar, entre 1976 y 1979. En su libro “El cementerio de los vivos”, Jarrín describe así su marcha: *“...tiempo después me desafilié de las filas de la Democracia Cristiana, porque no es lo mismo decir que hacer (...) Por las inconsecuencias y las viabilidad de sus veleidades en el Ecuador. Porque no hay terceras posiciones: o se está con el pueblo o se está con la oligarquía”.*

Arturo Jarrín estuvo cuatro años en la Escuela de Sociología, hasta junio del 84, cuando abandonó los estudios. Su definición ideológica se completó allí, durante su estadía en la UCE, al calor de las luchas estudiantiles. La Escuela de Sociología, en la Ciudadela Universitaria, se convirtiera en una de las principales banderas del resurgimiento del movimiento estudiantil, que tras el proceso de auge y politización vivido en los años sesenta fuera violentamente reprimido a finales de la década, durante la 5ª Presidencia de José M^a Velasco Ibarra; la “Masacre de la Casona Universitaria”, en el Guayaquil de 1969, simboliza la represión ejercida sobre el estudiantado durante aquellos años. La reorganización estudiantil comenzó a dar sus frutos a mediados de la década de los setenta, impulsado por la pérdida de popularidad de la dictadura militar del General Guillermo Rodríguez Lara. Al frente de los estudiantes, la FEUE, Federación de Estudiantes Universitarios de Ecuador, y dos organizaciones nacidas al fragor de las luchas de los años 60, la FESE, Federación de Estudiantes Secundarios de Ecuador, y la FEUCE, Federación de Estudiantes de la Universidad Católica del Ecuador; en secundaria la FESE rivalizaba con el FRE, Frente Revolucionario Estudiantil. Eran reivindicaciones recurrentes las relativas a la crisis económica, el alza de los precios del combustible y los pasajes del transporte público y la presencia de militares estadounidenses en territorio ecuatoriano. Jarrín, elegido en 1976 como Presidente de la AES, Asociación de la Escuela de Sociología, participó con intensidad en aquellas luchas, culminadas con la Guerra de los Cuatro Reales, que es como se conoce a las épicas movilizaciones obrero-estudiantiles de abril de 1978.

Pero Jarrín no se limitaba al activismo estudiantil, dedicando parte de sus esfuerzos al impulso de la organización popular urbana. Así, en 1979 lo encontramos trabajando en la Ciudadela Ferroviaria, un populoso barrio de los suburbios nororientales de Santiago de Guayaquil. Aquel año, nuestro protagonista abandonó la universidad.

En cuanto a su militancia política, tras irse de la DC, Jarrín se integrara al MRIC, Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana, una organización juvenil-estudiantil nacida a finales de los años 60 y claramente vinculada a la Teología de la Liberación. Inmerso en la

efervescencia ideológica de la vida universitaria, Jarrín no tardó en considerar que *“para la liberación de la patria y del pueblo el marxismo leninismo es una guía para la acción”*.

Fuentes policiales señalan un viaje de Jarrín a la URSS en enero de 1979. En agosto del mismo año, días después del triunfo sandinista, Jarrín viajó a Nicaragua. El fervor revolucionario y popular que vivió durante aquella estadía no hizo sino reafirmar sus convicciones y su fe en la viabilidad de un proceso insurreccional semejante en el Ecuador. Allí conoció al dirigente campesino sandinista Edgardo García y colaboró con él en la consolidación de la Asociación de Trabajadores del Campo, ATC, una importante organización que trataba de unir a los campesinos de Nicaragua; también recibió formación militar en los cuarteles del Ejército Sandinista. Además, aquella experiencia internacionalista le permitió conocer y hacer amistad con Jaime Bateman Cayón, el líder del M 19, Movimiento 19 de Abril, una joven guerrilla urbana de Colombia que se hiciera famosa por su heterodoxia ideológica y estratégica y por la espectacularidad de sus operativos; los vínculos con aquella organización tendrían un gran peso en el futuro revolucionario de Arturo Jarrín.

Junto a su amigo Vasconez y otros militantes universitarios procedentes, al igual que él, del MRIC, Jarrín acabó nucleando un pequeño grupo de jóvenes unidos por su afinidad ideológica y sus sueños de cambiar la realidad ecuatoriana: Alejandro Andino, Myriam Loayza, Francisco Zurita, Teresa Mosquera, Rosa Rodríguez, Ketty Edelmira Erazo, Marcela Rodríguez... El ideólogo de aquel grupo era Alejandro Andino.

A comienzos de 1981, el pequeño grupo de Jarrín pone definitivamente en marcha su proyecto revolucionario. La zona elegida fue el rural de la selvática Provincia de Esmeraldas, en el norte del país; allí, llegaron Alejandro Andino y Myriam Loayza “Carmen”, designados para el trabajo político con el campesinado. Mientras, Ketty Erazo y Hammet Vasconez se trasladaron a El Salvador, para capacitarse militarmente dentro de las filas de las FPL, Fuerzas Populares de liberación, una de las organizaciones guerrilleras integradas en el FMLN, Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, la más poderosa guerrilla latinoamericana del momento; ambos jóvenes permanecieron varios años en el país centroamericano, Vasconez hasta 1984 y Erazo hasta 1986; durante este tiempo, Erazo, que se instaló en el país centroamericano como corresponsal de SALPRESS, Agencia de Prensa Salvadoreña, se formó como especialista en comunicaciones; sin embargo, y a diferencia de Vasconez, a Erazo el futuro no le depararía papel relevante alguno dentro de la insurgencia ecuatoriana: tras regresar a Ecuador en mayo de 1986, seis años después de su partida, cayó detenida a los pocos días, saliendo de prisión en marzo de 1988, cuando la guerrilla ya estaba completamente derrotada, y exiliándose en México. En cuanto a Jarrín, el plan de aquellos jóvenes le reservara la responsabilidad de bucear en la clandestinidad con el objetivo de detectar a otros grupos revolucionarios tentados por la vía armada y contactar con ellos.

El proyecto sufrió un duro golpe al poco de iniciarse, en febrero del 81, con la muerte de Andino y Loayza, salvajemente asesinados a machetazos por sicarios a sueldo de terratenientes descontentos con la labor de concienciación llevada a cabo por los dos

jóvenes; aquellos crímenes marcaron la vida de Jarrín: con ellos fue consciente de que había emprendido un camino sin retorno.

Con Vasconez y Erazo en El Salvador y Andino y Loaiza muertos, Jarrín se quedó prácticamente sólo. Sin embargo, el joven revolucionario no cejó en su empeño y se volcó en el acercamiento a otros grupos revolucionarios. A lo largo de 1981 y los primeros meses de 1982 se dedicó a viajar por todo el país, celebrando reuniones y conferencias y multiplicando sus contactos con militantes y grupúsculos radicalizados de la nueva izquierda ecuatoriana. El objetivo: la unificación de todos los pequeños grupos que, aisladamente, aspiraban a desarrollar, o lo estaban haciendo ya, eso sí en fases aún muy iniciales, proyectos de lucha armada. En su búsqueda de aliados, Jarrín huyó de dogmatismos y ortodoxias ideológicas, no excluyendo, por razón de credo, a nadie y escrutando a organizaciones, disidencias y activistas de todo tipo de orientación política (socialistas, ortodoxo-comunistas, trotskistas, maoístas, cristiano-revolucionarios...). El activismo estudiantil, la embrionaria red de apoyo logístico del M 19 en el Ecuador o el movimiento internacionalista vinculado a la Revolución Sandinista fueron espacios de encuentro que facilitaron la búsqueda de Jarrín. Su labor comenzó a dar frutos a mediados de 1982, cuando, una vez más a propuesta suya, varios de aquellos grupos celebraron una reunión y acordaron crear una especie de coordinadora revolucionaria, antesala de la llamada I Conferencia Nacional de Alfaro Vive Carajo.

Por fin, a mediados de febrero de 1983 se reunían al NO del país, en una vivienda de la costa esmeraldeña, medio centenar de jóvenes revolucionarios. Su objetivo: unirse y crear una nueva organización político-militar volcada en el objetivo de alcanzar una transformación social y económica radical para el Ecuador. Algunos asistían a título individual. La mayoría lo hacía como militantes de diversas agrupaciones seducidas por el proyecto de Arturo Jarrín; entre éstas destacaban, por distintas circunstancias:

- El núcleo de Jarrín, conocido como “los Chapulos”.
- Las facciones disidentes del MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Entre estas facciones sobresalía la forjada en el movimiento estudiantil, el MIR-E, liderado por Fausto Basantes, Ricardo Merino y Fabián Ramírez; era un grupo que ya recibiera cierta instrucción militar gracias a sus contactos con la red de apoyo del M 19 y con la organización armada encabezada por Kleber Gía Bustamante, un grupo subversivo de los años 70 que apostaba por la estrategia de la acumulación de fuerzas a largo plazo.
- Dos colectivos que ya tenían cierta experiencia armada previa, puesto que procedían de organizaciones subversivas de los años 70: el grupo de ex combatientes del frustrado proyecto acaudillado por el socialista Jorge Chiriboga -de ahí que algunos les llamaran “Los Chiribogas”- y el grupo de “Los Nostálgicos”, encabezados por Edgar Frías y Pedro Moncada y procedentes de La Organización, un grupo armado que actuó en la Provincia del Guayas entre 1973 y 1976.

Finalmente, y después de dos días de reuniones, la mayoría de los convocados decidieron participar en el proyecto de unificación y fundar un único movimiento armado, las FRP-EA,

Fuerzas Revolucionarias Populares Eloy Alfaro. La referencia al General Eloy Alfaro fue una decisión muy calculada: José Eloy Alfaro Delgado, el gran líder del liberalismo radical, ocupara la Presidencia del Ecuador en dos ocasiones (1897-1901 y 1906-1911) y era el héroe nacional ecuatoriano por excelencia, el mártir caído a manos del conservadurismo. La luego bautizada como I Conferencia Nacional de Alfaro Vive Carajo, nombró un Comando Central de cinco miembros. Arturo Jarrín era uno de ellos, aunque muy pronto comenzó a destacarse sobre los otros cuatro.

La extraordinaria capacidad de convocatoria de Arturo Jarrín fuera clave para el nacimiento de las FRP-EA. Emanaba de su habilidad política, su claridad de pensamiento, su capacitación teórica y su constancia en el trabajo, pero también de su incuestionable carisma, su pasión revolucionaria o su seductora personalidad. Su convicción y la firmeza de su discurso contrastaban con su físico menudo. Según sus compañeros, ante él se tenía la sensación de estar en presencia de alguien especial, alguien cuyo destino era hacer algo único, alguien predestinado al martirio incluso, un *“cristero”* en palabras del dirigente *“alfarista”* Santiago Kingman. Los testimonios de éste tipo son una constante entre sus antiguos compañeros. En palabras de Jaime Rubio, sacerdote y militante de la Iglesia de los Pobres muy próximo al proceso de estructuración y desarrollo de las organizaciones político militares de aquellos años, *“Arturo era un compañero luminoso, de una gran capacidad, de una entrega total, de una transcendencia y una generosidad sin límites. Él supo recoger los hilos del Tercer Mundo y rescatar el testimonio, la figura y la dimensión de Alfaro, proyectándola en el proceso revolucionario ecuatoriano y continental”*. Edgar Frías dice de él: *“viene a mi memoria la noche aquella de 1982, cuando Pedro Moncada llega a mi casa acompañado de Ricardo, nombre de guerra de Arturo Jarrín. Pese a ser más joven que nosotros irradiaba madurez y confianza, te transmitía su fe en el proyecto unitario, en el pueblo y en la revolución”*. Diego Pérez, miembro de la dirección Nacional de AVC, lo describió como un *“compañero íntegro en su capacidad intelectual, en su visión política, en su honestidad y en su moral; un compañero honesto consigo mismo, con el proyecto y con la organización; un compañero que en ningún momento flaqueó, que en ningún momento falló a la organización; que incluso en los momentos más duros, cuando estaba ya casi sólo, mantenía el mismo espíritu de ánimo, la misma decisión”*.

Las gestiones de Jarrín dieron nuevos frutos en mayo del mismo año, 1983, cuando logró la incorporación de un nuevo colectivo a su proyecto: un grupo de activistas ligados en la década de los 70 al PSRE. Entre aquellos, sobresalían nombres como Patricio Baquerizo o Kléber Espinoza.

En los meses que siguieron al acto fundacional, los diferentes grupos regresaron a sus provincias y ciudades de origen, retomando su cotidianidad clandestina, manteniendo de hecho su autonomía y perpetuando las prácticas y estrategias propias anteriores a la fundación de las FRP-EA. Y fue aquí donde Arturo Jarrín se mostró una vez más como una figura clave del proyecto unificador: su elección como responsable de la obtención de recursos económicos le permitió fortalecer su relación con los activistas más decididos a integrarse en comandos operativos, situación que no dudó en aprovechar para vencer o aislar las dinámicas más autonomistas y las resistencias de algunos grupos a la

profundización del proceso de unificación. Su tarea se vio también muy favorecida por la sintonía que logró con el “mirista” Fausto Basantes, convertido en uno de sus más valiosos apoyos; tal y como describe Guillermo Flores Castillo, cuadro de la nueva organización: *“Quienes asumen realmente la conformación de la organización fueron Arturo y Fausto”*.

Para lograr su objetivo, Jarrín decidió rebasar las limitaciones de su cargo, fortaleciendo la insignificante estructura de la que disponía y empleándola para forzar la unidad y el desarrollo armado de la nueva organización. Se trataba de apostar por un “crecimiento en caliente” de la organización armada. Poco a poco comenzó a visibilizar la existencia de las FRP-EA, combinando las “recuperaciones económicas”, comunes a todos los grupos, con pequeños operativos de propaganda armada, como las pintadas realizadas en las paredes de la capital, entre ellas las de apoyo a los huelguistas de la fábrica textil Vicuña, o el asalto, el 8 de julio, a la sede quiteña del Partido Liberal, PL, donde se sustrajeron objetos de valor histórico, entre ellos un busto del General Eloy Alfaro. Estas acciones impulsaron a Jarrín dentro de la organización, ya que proyectaba la imagen del líder que *“no sólo hablaba, sino que también hacía”*, que *“hablaba con las palabras, pero también con los hechos”*, cualidad muy valorada a los ojos de unos jóvenes apremiados por actuar y cansados de tanto *“dogmatismo, de tanto dirigente revolucionario que nunca iba más allá del radicalismo teórico y discursivo”*.

De este modo, poco a poco, Jarrín fue conformando y consolidando un pequeño grupo de activistas con un capacidad operativa creciente: Fausto Basantes, Marco Troya, Rubén Ramírez, Jimmy Solorzano, Víctor Looor... Fue hacia junio de 1983, apenas cuatro meses después de la conferencia fundacional, cuando Jarrín comenzó a barajar la necesidad de un operativo que sirviese de carta de presentación de la nueva organización armada, un golpe de efecto con el que lanzar definitivamente a las FRP-EA ante la sociedad ecuatoriana: nos referimos al robo de las espadas de los generales Eloy Alfaro y Pedro Montero, sustraídas del Museo Municipal de Guayaquil el 11 de agosto. Al frente del comando, Arturo Jarrín, que fue uno de los jóvenes que entró al museo y redujo a los vigilantes. El operativo se ejecutó con una gran “limpieza”, sin ninguna violencia, y tuvo como se pretendía una gran repercusión mediática.

Los medios de comunicación, ante la falta de información sobre los autores de la acción, dieron a la desconocida organización un nombre extraído de la consigna impresa en los volantes que los activistas dejaron en el museo: ¡Alfaro Vive Carajo! Ante la gran cobertura dada a la noticia y la amplia difusión del nuevo nombre, el Comando Central del FRPEA decidió asumir el nombre asignado por los medios: a partir de entonces se denominarían Alfaro Vive Carajo, AVC.

Por otro lado, si bien es verdad que las decisiones de Jarrín dieron un impulso decisivo al proyecto armado iniciado en febrero del 83, es igualmente cierto que esta determinación también provocó tensiones en el seno de la nueva organización. Los más recelosos fueron las facciones “miristas” y el grupo de los Chiribogas. A finales de julio se producía el primer abandono, el de los “miristas de Manabí”, descontentos con el creciente peso de Jarrín y su estrategia de “visibilización”. Esta estrategia también fue rechazada por Ricardo Merino,

que, aunque no llegó a romper con la organización, se alejó de la misma, trasladándose a Cuenca y liderando allí un grupo prácticamente autónomo. En agosto se consumaba otra ruptura, la de los “Chiribogas”, que acusaban a Jarrín de no respetar su autonomía y de rodearse de un círculo de confianza independiente de los órganos de dirección. Tras estas marchas el proyecto común pudo, por fin, avanzar sin frenos internos, mientras que el liderato de Jarrín, su principal promotor, se hizo indiscutible. Sólo las reticencias del grupo “mirista estudiantil” y sus tendencias autonomistas, en aquel momento bajo control gracias al rol de Fausto Basantes, ensombrecían ligeramente la unidad del proyecto “alfarista”.

Apenas dos meses después del operativo del museo, Arturo Jarrín, flanqueado por Edgar Frías y Rosa Mireya Cárdenas, ofrecía la primera conferencia de prensa de AVC, un acto clandestino en el que se mostraban las espadas de Alfaro y Montero y se confirmaba la existencia de la organización y exponían sus objetivos a la sociedad ecuatoriana.

Dos días después de la rueda de prensa, el 25 de septiembre, Jarrín salía del Ecuador y emprendía viaje a Madrid. Le acompañaban una veintena de “alfaristas”. Su objetivo: adquirir capacitación militar en un campo de instrucción libio. De nuevo, la relación de Jarrín con el M 19 jugó un papel determinante, puesto que la llegada del grupo “alfarista” a Libia fue el resultado de la mediación de la organización colombiana con Trípoli. La experiencia contribuyó a estrechar aún más los lazos con las gentes del “eme”, que también enviara al campamento libio un grupo de activistas dirigido por el Comandante Oty Patiño. Jarrín y sus compañeros regresaron al país cinco meses después, en febrero de 1984.

El liderato de Jarrín se oficializó en abril del 84, cuando la Dirección Nacional lo designó Comandante General de AVC. Además, como tal, siguió integrando el nuevo Comando Central, completado con Edgar Frías y Fausto Basantes.

Incansable en su labor de sumar fuerzas, Jarrín gestionó la incorporación, por estas fechas, de un nuevo grupo de activistas, jóvenes con amplia experiencia en la lucha armada, pues, aunque ecuatorianos, procedían de las filas del M 19 o de su red de apoyo en el Ecuador. Entre los nuevos militantes, destacaban cuatro: Juan Cuvi, Juan Carlos Acosta, Patricia Peñaherrera y Marco Guillermo Flores Castillo.

En junio de aquel mismo año, 1984, Jarrín cayó detenido. La captura fue consecuencia de una “recuperación económica”, el asalto, el día 14, a la sucursal del Banco del Pacífico en Villa Flora, en el extremo sur de Quito. Con él fueron detenidos otros siete “alfaristas”, integrantes, la mayoría de ellos, del escogido grupo de activistas que le acompañaran a Libia: Rubén Ramírez, Antonio Rivera, Patricio Baquerizo, Manuel Cerón, Jimmy Solorzano, Washington Borja, cuñado de Jarrín, y Guido Llamuca. Añadir, la detención también de Consuelo Benavides, colaboradora de la organización y moradora de la vivienda donde se refugiara el grupo tras el asalto. Por el contrario, Fausto Basantes y Luis Vaca, otro de los “libios”, consiguieron eludir su apresamiento

Tras la de detención comenzaron las torturas. Los sótanos del SIC-10, una unidad policial secreta del Servicio de Información Criminal, fueron testigos silenciosos de los golpes, las humillaciones y los maltratos físicos y psicológicos dirigidos por el Capitán Edgar Vaca

Vinueza. Jarrín dejó testimonio de ello en su libro "El cementerio de los vivos": *"Empiezan a jalar la soga hasta dejar mi cuerpo <<patas arriba>>, sumergido en el tanque de agua sucia. Entre tanto, hay golpes. Dos manos me sujetan por el pelo para que no intente sacar la cabeza del tanque. Cuando casi estoy desmayado, jalan la cuerda para sacar el rostro del agua; vuelven los gritos, las patadas, las preguntas (...) quemaduras por descargas eléctricas, guindadas (...) Y aparece el <<Abuelo>> con una funda plástica y papel de periódico hecho pelota en sus manos; <<abre la boca>>, me dice, me pone la pelota en la boca, la funda en la cara y hace un nudo en la garganta. <<Cuando quieras hablar mueves la cabeza, sino ahí mueres asfixiado>>, me dice alguno, mientras otros me desgonzan. El uno me tira de los brazos hacia atrás y el otro de las piernas. Mientras tanto el <<Abuelo>> me da golpes con palos y puños a la altura de los pulmones. Siento la asfixia, el aire me falta, la funda suda y se pega al rostro, siento y quiero desfallecer, pero me quitan la funda. Uno de los tantos que me <<investigan>> se pone histérico; agarra un palo y me cae a palazos".* Para vencer la voluntad que no podían quebrar las torturas, le obligaron a presenciar los interrogatorios practicados a otros compañeros, como en el caso de Consuelo Benavides: *"Consuelo, una amiga, está lista a ser guindada: <<Ya ves héroe hijoeputa, por tu culpa le vamos a colgar a ésta; si quieres ayudarla, habla>> (...) Uno de ellos grita; <<sácale el pantalón y el calzón para verle a esta gran puta>> (...) son terribles estos momentos (...) Veo que la guindan, oigo sus gritos, también le dan palazos (...) Esos lloros duelen en la razón y el corazón."*

Después de una semana de torturas, Jarrín y sus compañeros fueron trasladados al Penal García Moreno, en el mismo Quito. Fue durante su estancia allí, cuando el líder alfarista escribió este libro testimonial, "El cementerio de los vivos", donde relata pormenorizadamente el infierno que tuvieron que vivir en las mazmorras del SIC. Su testimonio, salvaguardado durante años por su madre Beatriz, no pudo publicarse hasta 1998 y fue de gran valor para las investigaciones realizadas dos décadas después por la Comisión de la Verdad del Ecuador sobre las violaciones de los derechos humanos acontecidas durante aquellos años.

Nada más producirse la caída de su líder, la cúpula "alfarista" comenzó a valorar las posibilidades de un plan de fuga. Éste cobró forma definitiva a los tres o cuatro meses de la detención: una evasión a través de un túnel de varios centenares de metros excavado desde el exterior. La idea fuera tomada de la espectacular fuga tupamara del Penal de Punta Carretas, en el Uruguay de 1971. El operativo, dirigido sobre el terreno por Marco Troya, se llevó a cabo ocho meses después, el 25 de abril de 1985, y fue un éxito absoluto, permitiendo la huida de Jarrín y de otros tres compañeros: Rubén Ramírez, Manuel Cerón y Hammet Vasconez, que regresara de El Salvador a finales de 1984, para cubrir el puesto de Jarrín en el Comando Central, y que fuera detenido unos días antes.

Tras la fuga, Arturo Jarrín se convirtió en el prófugo más buscado del país y debió sumergirse definitivamente en la clandestinidad, condición que ya no pudo abandonar en lo que le restaba de vida. Las autoridades lanzaron una campaña para ayudar a su captura, difundiendo su foto en los medios de comunicación y en carteles que ofrecían una recompensa de 5 millones de sucre a quien facilitase información que condujese a su

detención; en los afiches, junto a su foto, las imágenes de los otros dirigentes de AVC: Edgar Frías, Hammet Vasconez y Fausto Basantes; además, figuraba la fotografía de una quinta “dirigente alfarista”, una desconocida dentro de la propia organización: Justina Casco, la mujer de Frías, que ni siquiera militaba en el grupo.

La implicación de un proyecto como aquel hacía que los límites de la vida política, revolucionaria, y la vida personal, familiar, se diluyeran más allá de lo aconsejable. La familia de Jarrín no fue ajena a su situación y al papel del líder “alfarista” en el seno de la insurgencia ecuatoriana. Varios de sus familiares se sumaron a su lucha: sus hermanos Miguel, Alexandra y Beatriz, y los esposos de éstas, sus cuñados Luís Vaca Jácome y Washington Borja. Su propia pareja, la joven Lidia Adriana Caicedo Bravo, era, como no podía ser de otra manera, activista de AVC.

Por todo ello, el acoso del aparato represivo contra los miembros de la familia Jarrín, vinculados o no a la organización, fue una constante desde que se conoció la identidad de Arturo y su peso dentro de AVC. Los allanamientos del domicilio materno se convirtieron en una rutina; su madre Beatriz lo describe así: *“Buscaban hasta debajo de la alfombra. En cada allanamiento se llevaban algo, libros u otras cosas de Arturo, pero también dinero, una radio, una máquina de fotos, hasta la licuadora, y siempre era el decir <<evidencias, señora>>”*. El mismo día de la captura de Jarrín el hogar de la familia fue también allanado.

Además, en las horas inmediatas a la detención de Jarrín fueron apresados también su hermano pequeño, Edwin, su cuñado Washington Borja y su hermana Beatriz. Edwin, que en aquel entonces contaba con apenas 15 años, estuvo arrestado cerca de doce horas, espacio de tiempo durante el cual fue interrogado y presionado para que delatase a su hermano Arturo. La peor parte se la llevó su hermana Beatriz, detenida por agentes del SIC aquel mismo día 14, en el colegio donde impartía clase; Beatriz, que por aquellas fechas estaba embarazada, fue torturada durante días, perdiendo a su bebe como consecuencia de las golpizas y las descargas eléctricas recibidas; además, para presionarla, fue testigo de los estragos de las torturas en el cuerpo de su hermano Arturo: *“(...) a poco me enseñan el patio, a mi hermano que estaba totalmente golpeado, lastimado, ultrajado y para mí fue muy doloroso verlo así (...)”*. Beatriz fue liberada tres semanas después, pero ante el hostigamiento policial debió pasar a la clandestinidad, situación en la que estuvo hasta abril de 1985, cuando su caso fue sobreseído definitivamente por el juez.

En noviembre de 1985 le tocó el turno a su hermana Alexandra, detenida junto a Lourdes Borja y Santiago Játiva, matrimonio que también militaba en AVC. La condición de Alexandra, en avanzado estado de gestación, no impidió que fuese víctima de las torturas: *“me pusieron electricidad en los pies, me daban golpes permanentemente en la cabeza, me obligaban a caminar sobre un lecho de piedras menuditas y cortantes, me mantenían sin comer (...)”*. Le preguntaban sobre todo por su hermano Arturo: *“¿Dónde está el comandante de AVC?, ¿Cómo haces para verte con Arturo? ¿Cuál es tu contacto? (...) Me amenazaban con hacerme perder a mi hija (...)”*. Después de una semana de maltratos y vejaciones en un centro clandestino, Alexandra fue trasladada al local del SIC-P (el SIC de Pichincha) y de allí a la Cárcel de Mujeres del Inca, en Quito. A los tres meses ingresó al

penal García Moreno. Dio a luz durante su presidio, recibiendo durante el mismo constantes amenazas de que le iban a arrebatarse a su hija. En septiembre de 1986, siete meses después de su detención, el juez estimó su recurso de habeas corpus y Alexandra Jarrín recobró la libertad.

El otro cuñado de Jarrín, Luís Vaca, uno de los “miristas” de AVC, también sufrió los excesos de la represión: primero, en febrero de 1985, cuando fue detenido y torturado junto a Fausto Basantes, y luego, el 10 de noviembre del mismo año, cuando fue capturado en Esmeraldas, ciudad de la que llegara con motivo de la II conferencia Nacional de AVC.

Después de un año de consolidación y crecimiento organizativo, con la incorporación de muchos militantes, en 1985 AVC alcanzó su pico más alto de operatividad. A estas alturas, la ascendencia y el liderazgo de Jarrín no eran discutidas por nadie a excepción del grupo de “miristas” liderado por Fabián Ramírez. Tras el alejamiento de Ricardo Merino y la alianza de Fausto Basantes con Arturo Jarrín, Ramírez se convirtió en el líder único de los “miristas” más reacios al proceso unificador y al liderazgo de Jarrín. Aunque integrado en AVC, este grupo mantuvo siempre su cohesión originaria, resistiéndose a diluirse en el seno de la organización y ejecutando sus propios operativos con gran autonomía. Desde mediados de 1984, Fabián Ramírez comenzó a discutir abiertamente la dirección de Arturo Jarrín; aunque en total minoría, Ramírez comenzó a lanzar duras críticas a su línea estratégica. A finales de 1985, las discrepancias entre Jarrín y Ramírez alcanzaron ya un punto de no retorno, tal y como se puso de manifiesto en el tenso enfrentamiento dialéctico vivido en la llamada II Conferencia Nacional de AVC. En las semanas siguientes a la reunión, el grupo “mirista” consumó su alejamiento de AVC, iniciando el desarrollo de una nueva organización armada: Montoneras Patria Libre, MPL

Tras el gran desarrollo de AVC en 1985, ensombrecida tan sólo por el dramático final del secuestro del banquero Nahim Isaías, que acabó con la muerte de éste y de los activistas que lo custodiaban, la organización tenía grandes expectativas para 1986. Sin embargo, éstas no se cumplieron y aquel año mostró al “alfarismo” su cara más dramática y demoledora. Las víctimas de los excesos de la lucha contrainsurgente comenzaron a multiplicarse y ante la fuerza de los hechos, empezó a calar la sensación de que sobre los líderes de AVC fuera dictada una pena de muerte extrajudicial. La idea era descabezar a la insurgencia. Cada vez más sólo, Arturo Jarrín fue viendo como el cerco se estrechaba inexorablemente: el 4 de enero era ejecutado en plena calle un desarmado Fausto Basantes, a comienzos de marzo eran detenidos Pedro Moncada y Marcos Troya, a finales de junio el asesinado, tras ser sorprendido durmiendo, era Ricardo Merino, el 11 de septiembre caía abatido Hammet Vasconez y el 29 de septiembre era ejecutado, tras su detención, José Luís Flores Castillo, el “Capitán Cerezo”.

Finalmente, el 26 de octubre Arturo Jarrín era abatido por la policía en las calles del norte de Quito, en la ciudadela Carcelén. El informe oficial, obra del teniente coronel de la Policía Hólger Santana Mantilla, describía un tiroteo entre tres subversivos que transitaban por la vía y los agentes policiales, que patrullaban la zona a raíz de una información recibida sobre la existencia en las inmediaciones de una casa de seguridad de AVC. Durante la balacera,

dos de los activistas lograran huir, pero el tercero, Jarrín, fuera herido de gravedad. Arturo Jarrín habría fallecido, siempre según esta versión, de camino al hospital.

Sin embargo, la realidad, como el tiempo se encargó de demostrar, fue muy distinta. Jarrín, víctima de la coordinación represiva panameño-ecuatoriana, fuera secuestrado en Panamá y ejecutado, después de ser sometido a todo tipo de torturas, en las calles de la capital ecuatoriana.

Para reconstruir los hechos, debemos retroceder a mediados de 1986. En aquellas fechas, en un contexto, como vimos, de acoso represivo, la menguada cúpula “alfarista” consideró oportuno “enfriar” la situación de su líder y alejarlo temporalmente del escenario nacional, enviándolo a una gira internacional con la que estrechar contactos y recabar apoyos. El plan estaba ya ultimado a mediados de septiembre. La idea era viajar a Europa, vía Colombia. Sus últimos días en Ecuador los pasó escondido en una casa alquilada por un familiar de Fabián Moreno, su lugarteniente tras las caídas de Basantes y Vasconez. En el viaje le acompañarían otros cuatro “alfaristas”: el propio Fabián Moreno, Leonardo Vera, Alberto Torres y Ramón Chávez. Jarrín salió del país solo, el lunes 22, con cédula de identidad falsa, a nombre de Milton Cervantes Suárez, cruzando el paso de Rumichaca, en Tulcán, en la frontera norte de Ecuador. Sus compañeros lo hicieron cinco días después por el mismo punto, reuniéndose con él en un hotel de Ipiales, pequeña ciudad colombiana próxima a la frontera. Sin embargo, el plan no tardó en desbaratarse y al día siguiente de su llegada, los compañeros de Jarrín fueron capturados en un operativo conjunto ecuatoriano-colombiano. Jarrín pudo eludir su detención y con la ayuda del M 19, huir a Cali y de allí a Panamá.

El 7 de octubre, Arturo Jarrín entró en Panamá. Allí fue acogido por la red logística del M 19, alojándose en una casa de seguridad junto a los comandantes guerrilleros Carlos Pizarro y Antonio Navarro Wolf, que en aquellos días estaban de paso hacia Cuba. El objetivo de Jarrín era recabar apoyo en el exterior para relanzar la organización e impulsar definitivamente su Fuerza Militar Rural. Sus planes consistían en viajar, en primera instancia, a Holanda y la República de Yugoslavia y de hecho, tal y como demostró la Comisión de la Verdad de Ecuador, ya disponía del billete de avión, fechado para el día 25. Estos planes también fueron confirmados por los activistas del M 19 con los que convivió durante su estadía panameña.

El cerco a Jarrín se cerró un poco más a mediados de mes, cuando la contrainsurgencia ecuatoriana se cebó en su entorno más próximo: el día trece era capturada en Quito su pareja, Lidia Caicedo, que en aquel entonces contaba con sólo 19 años; pocos días después, la detenida era Betty Basantes, la hermana de su gran amigo Fausto, apresada junto a otra activista, Rosa Cajas Lara.

Por otro lado, se cree que la información facilitada por Fabián Moreno durante los interrogatorios incluyó la identidad del pasaporte falso que usaba el dirigente guerrillero, que era la de Milton Cervantes. La suerte del líder de AVC se torció definitivamente pocas horas antes de su salida del país centroamericano. Le delataron los contactos telefónicos que mantuviera en los días previos desde un locutorio público, interceptados por los

servicios de inteligencia ecuatorianos. El viernes 24 de octubre, cuando empezaba a caer la noche, y tras realizar una nueva llamada telefónica, esta vez a Nicaragua, a Mireya Cárdenas, Arturo Jarrín fue secuestrado por militares panameños y trasladado al Cuartel del Chorrillo. El Gobierno de Antonio Noriega autorizó su entrega inmediata al Ecuador: de acuerdo al testimonio de un testigo protegido de la Fiscalía General de Ecuador, un ex agente del G-2, la inteligencia militar panameña, Jarrín fue entregado en estado de inconsciencia, drogado pero vivo, en el aeropuerto a tres representantes del Gobierno ecuatoriano en Panamá, entre ellos el ex agregado militar en ese país, Fausto Rubén Páez Franco. En las primeras horas del día 25 llegó a la base de la Fuerza Aérea de Quito: hoy se sabe, gracias al relato de otro testigo protegido de la Fiscalía, que allí fue recibido por el entonces ministro de Gobierno, Luis Robles Plaza, su asesor Gustavo Lemus, el jefe de la UIES, Unidad de Investigaciones Especiales, Édgar Vaca y otros agentes. A continuación fue trasladado en una caravana de tres vehículos hasta 'La Remontá', en donde funcionaban las caballerizas de la Policía Nacional, en el sector de Tambillo, y donde, de acuerdo con la autopsia, fue fehacientemente torturado.

Finalmente, y según testimonios presenciales recogidos por la Comisión de la Verdad, el 26 de octubre de 1986, sobre las diez y media de la noche, Arturo Jarrín fue obligado a bajar de un vehículo, una furgoneta, en un aparcamiento del barrio Carcelén, y allí mismo, sólo, atado, físicamente destrozado, desarmado, y totalmente indefenso, fue acribillado a balazos.

Aunque los detalles de lo que ocurrió desde su llegada a Quito, en la mañana del día 25, y su muerte en las calles de Quito, en la noche del 26, se desconocen, su familia, que tuvo acceso al cadáver, describen un cuerpo destrozado por incontables impactos de bala, muchos más que los ocho mencionados en el informe policial, un cuerpo marcado también por las huellas de la tortura, con los brazos magullados, las muñecas destrozadas, los genitales quemados... Signos del tormento al que fue sometido el líder de AVC antes de ser asesinado.

Con un doble dolor, el de la pérdida de un ser amado y el de la impotencia de quien no puede reclamar justicia, la familia de Jarrín decidió su inhumación en el Cementerio Parque del Recuerdo, a pocos metros del barrio en el que fuera asesinado. Tendría que esperar treinta años, hasta el 2016, para que se conociera toda la verdad y para ver a los culpables de su martirio sentados ante la justicia: el 28 de abril, Silvia Sánchez, jueza de la Corte Nacional de Justicia, CNJ, ordenó la instrucción fiscal contra 13 personas presuntamente involucradas en la detención ilegal, tortura y ejecución extrajudicial de Arturo Jarrín y dictó prisión preventiva contra tres de los procesados mientras que para los otros 10 dispuso la obligación de presentación periódica ante la autoridad y prohibición de salida del país; dos meses después, el 28 de junio, los jueces nacionales Jorge Blum, Luis Enríquez y Miguel Jurado ratificaron por unanimidad esta orden de prisión preventiva para dos de los encarcelados, Édgar Vaca y Hólger Santana.

La muerte de Arturo Jarrín fue un golpe demoledor para AVC. La organización, muy debilitada, quedó sumida en el desconcierto más absoluto. Las palabras de Diego Pérez

Guzmán, miembro de la Dirección Nacional de AVC, son muy esclarecedoras en este sentido: *“...a los pocos días recibimos la noticia de que Arturo había muerto en un supuesto enfrentamiento en la ciudad de Quito, en uno de sus barrios; pero inmediatamente comienzan a surgir dudas: nos comentan que la muerte de Arturo no fue en un enfrentamiento, sino que fue capturado en Panamá, entregado a la Policía y asesinado; esta es la versión real, confirmada. El impacto que recibimos fue grandísimo, un momento largo sin entender, sin saber que va a pasar. Todos los que nos atrevimos a pensar, a soñar, estábamos presos y muchos más estaban muertos...”*

Su sucesor en la Comandancia General fue Marco Guillermo flores Castillo, el “Comandante Eloy García”. Suyas fueron las palabras que siguen: *“Sangre generosa, joven y rebelde y llena de fe y esperanza regó el suelo patrio junto al líder, creyendo en el proyecto de la Democracia en Armas como válida y única alternativa de liberación definitiva de nuestro pueblo. Comandante Arturo Jarrín, quienes creemos firmemente que a los muertos como tú no se los llora, sino que se les reemplaza en el combate, hemos tomado las banderas que tus manos empuñaron, hemos aprendido de la enseñanzas escritas y prácticas que dejaste. Juramos cumplir siguiendo tu ejemplo hasta la victoria o muerte”*.

Pero sin el líder, sin Fausto Basantes y sin Hammet Vasconez, y con Pedro Moncada, Edgar Frías y buena parte de la segunda línea de mando en la cárcel (Juan Cuvi, Marco Troya...), Alfaro Vive Carajo, sencillamente, se derrumbó. Arturo Jarrín, con su capacidad de convocatoria y su carisma, fuera una figura clave, insustituible, en el nacimiento y el desarrollo de la insurgencia ecuatoriana en 1983, y de igual modo, ahora con su muerte, lo era en su derrota.